

AQUELLA NOCHE

Éramos compañeros de trabajo, hacía ya unos meses que entré a formar parte de la empresa y no terminaba de encajar en el grupo, y no porque no me adaptara, si no que no eran de mi estilo. Nos llevábamos muy bien en horario laboral, nos ayudábamos mutuamente y nos reíamos mucho, pero nunca quedábamos fuera del trabajo, al menos yo no. Todos eran más jóvenes que yo, y les apetecía hacer cosas por las que yo hacía tiempo que había pasado, conversaciones y bromas que ya para mí no tenían ningún interés, pasaban la tarde en un parque hablando sobre cosas sin sentido, perdiendo las horas como si no existiera el tiempo. No es que no me gustase su compañía, pero no podía volver a esa época sabiendo todo lo que aprendí con los años. A veces me invitaban, pero siempre les dije que no.

En la oficina trabajábamos más de treinta personas, pero fue con los seis de mi departamento con los que mantenía más relación. Estaban Juan y Javi, a los que parecía que lo único que les importaba en la vida eran los videojuegos y las series, bueno, y las chicas, no por eso eran malos chavales, eran atentos siempre en el trabajo y prestaban colaboración sin tener que acudir siquiera a pedirla; las inseparables Laura y Nela, pertenecían al grupo, pero realmente ellas eran un binomio perfecto e impenetrable, con sus omnipresentes secretos y sus propias bromas, a veces crispaba no saber de qué se reían o que salía de sus susurrantes labios, pero a pesar de eso, nunca mostraron rechazo ni malicia hacia nadie, todos las queríamos y las apreciábamos mucho; la quinta era Juana, inmensamente inteligente y profundamente perdida en la vida, nunca estaba segura de nada, cambiaba de peinados y forma de vestir constantemente y nunca sabías si iba a estar, o no, de buen humor, nunca llegué a saber si le caía bien; y por último Claudia, mi compañera de mesa, tan guapa como ingenua, una simpatía inusitada, la que más cariños recibía, y más bromas, con la que llegué a tener más confianza que con todos los demás juntos, y aun así, a veces parecía que no nos conocíamos, había una tensión que nunca había entendido el porqué de su existencia.

En las horas de descanso solíamos comer juntos los siete y quedarnos a charlar hasta la vuelta al trabajo. El tema de conversación favorito, a parte del trabajo, siempre era el sexo, ¿cómo no? Es el tema favorito de todo el mundo. Los chicos siempre hablaban de lo que les gustaría, o de lo que imaginaban que habían hecho, y nos lo contaban como si fuera la mayor de las verdades, pero luego nunca se atrevían a decir ni hacer nada cuando tenían a alguna enfrente. Juana era bisexual, aunque prefería las chicas según decía, y hacía muy poco lo había dejado con su novia. En ciertas ocasiones, con la confianza que da el tiempo, nos contaba algunas intimidades. Nos decía que una vez participó en una orgia lésbica con unas amigas en un botellón en una casa, que se les fue de las manos, y de la boca, y de todo el cuerpo, y como una tras otra iban entrando en la habitación donde solo dos habían comenzado aquel juego y al que todas las demás acabarían invitándose solas. Otras veces nos contaba que hacían ella y su ex, que posturas y que juegos practicaban y respondía a toda clase de preguntas que le hacíamos, sobre todo Claudia, que nunca había imaginado tales prácticas y ponía mucha atención a todo lo que contaba nuestra amiga. Claudia hablaba continuamente de su novio, de lo que lo quería y lo que lo echaba de menos. A veces, en conversaciones conmigo parecía insinuarse a mí, pero yo nunca le seguía el rollo, y si alguna vez lo hacía, enseguida se ponía a hablar de su novio, y hacía como que le molestaba, pero nunca cesaron las indirectas, que yo no sabía si lo eran o eran cosas de mi retorcida mente. Yo no era de contar muchas cosas, y cuando me preguntaba contestaba, pero sin dar muchos detalles, sabían que había estado con bastantes mujeres y que solo me habían interesado verdaderamente un par de ellas, pero poco más.

Cierto día, después de unas semanas de mucho trabajo, decidieron que quedarían para salir la noche del viernes, el problema era que hacer. Era pleno invierno y en las noches las temperaturas rozaban los 5 grados, no era agradable salir, y aunque muchísimas veces lo hacían, decidieron tomárselo con

más tranquilidad y descansar en algún lugar más cómodo. Pero ¿dónde? Nadie tenía un lugar apropiado, la mayoría vivía con sus padres o compartían piso y ninguna otra opción era viable. Sólo una.

Ya estaba todo organizado, pedirían pizzas para cenar y comprarían unas botellas de ron para después. Simple plan, pero claro, tenían que venderlo como que ya el plan estaba hecho, no se podía desbaratar, y quien lo hiciera sería un paria, señalado de por vida, o hasta que alguien haga algo peor y lo libre de semejante culpa. La responsabilidad recaía en Claudia y ella se resistía, la verdad es que comprendían sus motivos, aun así todos le insistían. El piso de su novio estaba libre esa noche, él salía por motivos de trabajo de la ciudad, y en varias ocasiones, cuando eso ocurría, habían estado allí viendo películas o fumando un cigarro, así que todos pensaron que era un buen sitio para lo que tenían planeado y Claudia se oponía porque sabía que un botellón allí no era buena idea. No sé cómo lo hicieron, pero la convencieron, normalmente era fácil convencerla o quedarse con ella, pero esta vez costo mucho más de lo normal. El plan era redondo ahora, los seis estaban disponibles y no faltaría ninguno, solo yo, aunque no tardarían en proponérmelo primero y pedírmelo después. No es que no quisiera, pero no sabía si me gustaría pasar una noche de botellón con ellos, a lo mejor me aburría y no me apetecía estar allí incómodo. El caso es que me terminaron convenciendo a mí también, y acepté.

Aquel viernes por la tarde compramos unas botellas de ron y vodka, unas cervezas y un par de paquetes de rebujina, también compraron unos dados que yo pensaba que iban a ser para jugar a la oca o algo así y subimos al piso de Gorka, el novio de Claudia. El piso en verdad era de sus padres, que vivían en el pueblo y él era quien lo habitaba desde que se mudó a la capital. Entre las dos habitaciones y el salón nos repartiríamos para dormir para no tener que volver a casa tan tarde sin autobuses ni metro disponibles de madrugada.

Nos bebimos unas cervezas mientras esperábamos las pizzas, hablando del trabajo y otras típicas conversaciones. Claudia se sentó a mi lado desde el principio, el resto iban de aquí para allá, hasta que llegó la pizza, y ya nos reunimos todos alrededor de la mesa para no levantarnos más.

Antes de que se terminara el último trozo de pizza ya estaban las botellas abiertas y rellenando los primeros vasos. Pronto sacaron los dados para jugar a "los quintos", un juego donde según la puntuación que salga en dos dados, beben unos u otros, con mayor o menor número de traguitos que hay que dar al cubata que cada uno teníamos. Comenzamos a jugar mientras cambiábamos de tema y bromeábamos sin parar, Claudia estaba junto a mí como ya he dicho, pero muy cerca, más de lo normal habiendo espacio en el sofá como había. Yo podría haber pensado que lo hacía queriendo, que quería estar cerquita mía, pero a veces, sin venir a cuento me ponía fronteras, como dándome a entender que yo no tenía posibilidades con ella. Y todo esto casi siempre sin yo haber dicho o insinuado nada.

Poco a poco se fue caldeando el ambiente y las bromas tomaron un giro más "sexo-céntrico", y no tardamos en cambiar de juego. Llevábamos ya varias copas encima y ahora tocaba "verdad o atrevimiento", que consistía en girar una botella y, al que apuntara al parar, le tocaba responder a una pregunta o hacer lo que le mandara el resto, si no tendría que dar prenda de vestir. Al principio, aunque estaba jugando, yo me mantuve un poco al margen, ellos se iban mandando algún que otro beso o pregunta más o menos íntima, pero conforme fue pasando el tiempo, y los cubatas, la temperatura subió mucho.

Cada vez las preguntas eran más calientes, cada vez se soltaban más prendas y en los atrevimientos cada vez eran más exagerados. Recuerdo como Juana respondía a como había sido su primera vez con una chica con todo lujo de detalles, como se acariciaban y se tocaban mientras Claudia la interrogaba quedando perpleja y cada vez más excitada; como Nela, quedo en sujetador, dejando ver su precioso cuerpo, que me encantaba, y Juan, que se había quitado la camiseta, cumplía el mandato de besarla mientras acariciaba sus pechos; como Laura y David bailaron en ropa interior; pero sobre todo recuerdo como Claudia se acercaba más y más a mí, como se sentaba "sin querer" en mis rodillas y se hacía la despistada, y como cada vez me preguntaba más y me soltaba más

indirectas.

Estábamos cada vez más bebidos y lo estábamos pasando muy bien. A pesar de todo, no se nos fue de las manos, y no llegó a mayores, solo unos besos, unos magreos y poco más, en los que yo apenas participe pero que me pusieron muy caliente, demasiado en algunos momentos. Mientras tanto yo, entre más miraba a Claudia, más me gustaba, ¿cómo no iba a gustarme? Su cara, su pelo, sus mejillas, todo me parecía perfecto, sus pronunciadas caderas y sus pechos insinuados tras el vestido, que no llegó a quitarse pero había quedado sin ropa interior. Cada vez que se rozaba conmigo o me miraba una y otra vez de esa manera que tan morbosa me parecía, crecía más fuego dentro de mí y más quería que aquello fuera real y no solo una imaginación mía.

Todo terminó bruscamente cuando apareció un vecino llamando a la puerta. Estábamos haciendo demasiado ruido y no podían descansar. Cada vez habíamos ido montando más jaleo y eso sí que no lo controlamos, y aquel hombre llevaba razón, era muy tarde, casi las cinco de la mañana, y no pudimos más que darle la razón y pedir perdón. Aquello nos cortó todo el rollo, la gente se aplacó en los sofás y los sillones, y poco a poco ya ni hablábamos. Laura se fue a una habitación con su primo Juan, y no tardaron en dormirse, Juana y Claudia se quedaban en la cama de matrimonio de Gorka, y para los restantes quedaba el salón. Nela y Javi, uno en un sofá y otra en una "sherlon", cayeron rendidos enseguida y yo me disponía a hacer lo mismo en la parte ancha de la "sherlon" cuando Claudia salió de su habitación y se tumbó junto a mí. Solo eso me excitó infinito, puso su trasero en mi entrepierna y la apretó contra él, volvió la cara hacia mí y me pregunto al odio ¿por qué no te gusto?

Ese aliento en mi cuello me elevo más allá de las nubes, me traslado al universo de la sinrazón, cruce la frontera del entendimiento y el instinto y ya no fui dueño de mí. Sin responder a la pregunta, puse mi mano sobre su pecho, me fue fácil acceder a él por el escote y sin sujetador que lo protegiera de mis ansias, le besaba el cuello, baje la mano suavemente hasta sus nalgas y le subí el vestido hasta encontrar su vagina. Con un compás cada vez más acelerado, rozaba mi pene con su culo y mi dedo introducido en sus adentros, provocándole un gemido que inmediatamente llevo mi mano a su boca para tapársela. En vez de calmarse, empezó a respirar profundamente y a chupar mis dedos mojados en su propio jugo.

No podíamos seguir allí, podían despertarse los que a escasos centímetros dormían. La cogí en brazos y la lleve al cuarto de baño, allí la subí en el lavabo y comencé a penetrarla despacio, como saboreándolo, agarrándola por la cintura con fuerza y besando sus labios que me parecían el bocado más sabroso que había probado en mi vida. Estábamos mojadísimos los dos y el ritmo iba subiendo. Sin previo aviso, me empujó con fuerza, apartándome de ella, mirándome fijamente a los ojos y jadeando, se bajó del lavabo y me dio la espalda mientras seguía mirándome reflejada en el espejo. Me acerqué bruscamente y la seguí penetrando golpeando sus nalgas casi violentamente, agarraba sus pechos con una mano y con la otra tocaba su vientre. No podía estar más arriba en ese momento, solo una cosa podría mejorarlo, y se lo propuse al oído sin parar de follarla ni un segundo.

Agarrados de la mano salimos del cuarto de baño, y sin hacer ruido entramos en la habitación donde estaba Juana. Encendimos la luz y al abrir los ojos nos vio entrar desnudos, dirigiéndonos a ella. No preguntó, sonrió con ironía y nos hizo hueco en la cama. La acaricié por todo el cuerpo y nos besamos largo y tendido, cogió con sus manos mi pene y lo acarició hasta llevárselo a la boca, Claudia se unió a ella turnándose como si de un juguete se tratara. No me lo podía creer, estábamos en la cama de su novio, en su cuarto, mancillándolo sin piedad, eso me ponía aun mas y mas caliente. Mis manos, que solo llegaban a tocar los pechos de ambas, al poco se aburrieron y cogieron en peso a Juana y la tendieron frente a mí, con las piernas abiertas y tocándose el clítoris a sí misma. Me introduje en su vagina, y comenzó a gritar aguantándose todo lo que el placer le permitía. Claudia se acercó a mi boca y me dijo ¿Y yo que? Se puso "a cuatro patas" delante de mí, puso su boca en la vagina de Juana que siguió gozando igualmente mientras yo me follaba a su amiga. Fui cambiando de una a otra, y ellas cambiaban entre si al igual. Nos desatamos, un frenesí

nunca vivido por mí, esto era nuevo, todo lo que proponía alguno lo ejecutábamos sin pega alguna. Claudia me propuso que se la metiera por el culo. Yo estaba en la cumbre y eso me hizo tocar el cielo de mis más salvajes deseos, con cuidado se la clavé por detrás y, aunque al principio hizo algún gesto de dolor, en seguida empezó a gustarle más y más y más. Me pedía q no parara, Juana le introducía los dedos en la vagina mientras le besaba los pechos y ella misma se tocaba el clítoris. A aquello que lo llamó "el triple botón". Ya no aguante más, no podía, el morbo que me daba todo aquello, lo caliente que estábamos los tres, y las pocas fuerzas que me quedaban, ayudaron a que terminara en aquella posición. Eyaculé en su culo, abrazándola por la espalda y mordiéndole el hombro, ella gimió más fuerte que nunca cuando yo terminaba y Juana nos besaba a uno y a otra, pasando su lengua por nuestros labios, intercambiando las tres salivas de boca en boca.

Me tendí en la cama entre ellas dos, no podía más, agoté todo lo que tenía, ellas hacían lo propio, respirando hondo, Juana seguía jugando con su clítoris y mi pecho comenzó a pesarme mucho. Las miré, y no podía creerme que hubiera pasado eso, Claudia me abrazó y sus brazos me sentaron fatal, no me apetecía que me tocaran, ni si quiera quería que me hablaran. Me sentía mal, y no era con ellas, era conmigo mismo. Me levante de la cama y me puse la ropa, me preguntaron si no iba a quedarme allí, les dije que no, que me iba para casa. Terminé de ponerme la ropa, me despedí fríamente y salí por la puerta para andar la hora que me separaba de mi casa.

Le había fallado a mi mujer.